

LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL



AMAMOS LOS BUENOS A LOS OTROS

CRISTO

TODOS LOS HOMBRES SON HERMANOS

CARCA

FINIS



SE PUBLICA

UN CUADERNO SEMANAL.

PRECIO, UN REAL
al recibir el número.

COLABORADORES.

CASTELAR, BÀRCIA, ORENSE, PÍ Y MARGALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARITTI, CALA, CÓRDOVA, SANCHEZ RUBIO, PUÑEDA, ALTADILL, ZAPATA, TRABELLA, ESTEBANES, SOLER, MERCADO, LOZANO, SASTRE, ANER, VALDÉS, FLORES, LAFUENTE, MINGUET, SIERRA, COLL, PINEDO, ALMIRALL, RUBAU, LOSTAU, CLAYE, RISO, CARRION, ETC.

DIRECTOR,

Enrique Rodríguez Solís.

EDITORES

J. CASTRO Y COMPAÑIA.

ADMINISTRACION:

Plaza de la Cabada, 11, Madrid.

AÑO I.

MADRID 15 DE JUNIO DE 1871.

NÚM. 1.º

SUMARIO.

TEXTO.—LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL, por Roberto Robert.—Inmortalidad de las monarquías absolutas, por Emilio Castelar.—El ejército, por Pí y Margall.—José Perez Guillen (el Enguerino), por E. R. S.—A la abolición de la esclavitud, por J. A. Sierra.—Un texto escrito, por Roque Bàrcia.—A los presos republicanos, por Sierra.—Biografía de Roque Bàrcia, por Enrique Rodríguez Solís.—Biografía de Danton.—La cantinera republicana (novela)—Los girondinos.—Los buenos y los malos, por A. Altadill.—Revista de la semana, por Enrique Rodríguez Solís.
GRABADOS.—Roque Bàrcia.—Danton.—José Perez Guillen (el Enguerino).—Los Girondinos.

consagró su inspiración a perpetuar su propio envilecimiento.

Supersticiones y hábitos de servidumbre desaparecen de la tierra; el hombre, cada día más dueño de sí mismo, solo aspira a enaltecer el ennoblecimiento del hombre.

Vede hermosear, no la fachada del dominio señorial, sino la mansion del ciudadano; vede sacudir el ócio del claústro y volar á los centros de mayor actividad pidiendo espacio en que moverse, problemas en que ejercitar su entendimiento; y ciencia, arte, caudal, ingenio y fuerza, todo lo aplica á tareas de comun utilidad, de cuyo provechoso resultado participen el mayor número posible.

¿Qué artista de nuestro siglo deplora la falta de un Mecenas? ¿Dónde está hoy el indigno trovador que mendigase del feroz castellano un aplauso en cambio de haber ensalzado en sus versos la gloria de una bárbara conquista?

LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL.

Ya las artes y las letras no quieren ser complacientes servadoras del poder y la fortuna: el espíritu democrático, penetrándolo todo, les ha dado más cabal conocimiento de su destino.

El templo y el palacio encerraron en sus muros durante largos siglos todos los primeros del ingenio, y el artista



ROQUE BÀRCIA.

La humanidad les ha reclamado, y á la humanidad pertenecen; la única sujecion á que digna y espontáneamente se somete el hombre, es la que le imponen los fueros imprescriptibles de la justicia universal.

Elevar las ideas y los sentimientos hasta verlos á la altura de un ideal de perfeccion superior al que concibieron las civilizaciones anteriores; facilitar y propagar todo género de conocimientos; inspirar completa fé en los esfuerzos humanos; iluminar todas las oscuridades: esta es la tarea.

Y afortunadamente, si la tarea es difícil, á lo ménos hoy es posible. La sociedad actual comienza á consentir que los deberes de conciencia del hombre no sean contrarios á los del vecino, á los del señor, á los del adversario; la proclamacion de un nuevo conocimiento científico ya no es un peligro de muerte para el hombre estudioso; la fé en la humanidad ya no repugna como herejía, ni atrae crueles venganzas de ninguna supersticion dominante; ya todo puede iluminarse sin que ningun privilegiado nos castigue por hurto, so pretexto de que la luz fué creada para él solo.

Derríbbase y parece cuanto veló el error en beneficio de ideas, fuerzas y fines exclusivos, y todo cuanto surge lleva consigo caracteres de universalidad y de solidez perdurable.

La muchedumbre de nuestros dias no es ya aquella muchedumbre sierva y envilecida, que no podia mirar el cielo sin ver antes la horca del señor tendiéndole los brazos; que no era dueña de su vida ni tenia derecho á la honra; que veía asolar el campo cultivado con sus sudores cuando el señor queria correr un corzo; que llevaba á su lecho á la esposa por el señor profanada; cuyas miserias, cuyas amarguras serán eterna causa de vergüenza y llanto para la humanidad y mancilla de la historia.

La muchedumbre de hoy ha adquirido las condiciones indispensables para ser libre: vigorizada por la conciencia de su libertad, hace uso de sus fuerzas, aspira á aplicarlas eficazmente al bien; agítase en su nueva esfera con actividad infatigable; por odio á la sujecion anterior, revuélvese y hace gala de su agilidad sin descansar un punto.

Quiere progresar y se extravía con frecuencia en su camino, porque la barbarie le habia cegado los buenos pasos; cae tal vez en precipicios, tomándolos por atajos, porque en su anhelo de recobrar el tiempo perdido, quisiera llegar en una jornada al término del viaje. Al pasar por ciertos sitios oscuros, sus caravanas se destruyen unas á otras, porque revelan hallar enemigos en todas partes; que la experiencia de aquellos tiempos en que no habia amigos para el siervo, y el recelo de verse arrebatado el bien que anhela, la hicieron desconfiada y recelosa en extremo.

Pero tiene el elemento principal para alcanzar la posesion de los conocimientos, de la dignidad, de la cultura en todo: es libre, y desde nuestro tiempo comienza á poner todas sus fuerzas al servicio del progreso humano.

La evolucion moderna es en este sentido complementaria.

No viene á elevar una clase social sobre las demás: no viene á introducir un elemento nuevo entre los elementos ya anteriormente privilegiados: viene á dar satisfac-

cion al derecho, extendiendo por igual su dominio sobre todos los hombres: á dar á la justicia la mayor gloria, ya que hasta hoy no fué la justicia soberana de todos.

Por la fuerza de esa evolucion, las letras y las artes dejan de ser aristocráticas; deben ser humanas, y solo hallarán inspiraciones en aquellos asuntos que no ofendan los sentimientos de decoro, de libertad, de elevacion de ánimo comunes á todos.

Ya no tendrá que lamentarse el varon justo exclamando:

«¡Qué vale, oh Escorial, que al mundo asombres
con la pompa y haldad que en tí se encierra,
si eres al fin padron sobre la tierra
de la infamia del arte y de los hombres?»

No: los suntuosos monumentos no serán consagrados al error; ya las historias no pueden ser ciegas apologias de bárbaros invasores, ni de hoy más se elevarán columnas de bronce para perpetuar la sangrienta gloria de un conquistador afortunado.

Todo lo que repugna á la justicia; todo lo que lastima los afectos de dignidad é independencia comunes á todos los hombres será remordimiento y vergüenza: no vivirá á la luz del sol: callará; se esconderá, presentará su condenacion entre los hombres.

Tan grande es la tarea emprendida por el siglo, que de todos los esfuerzos ha menester para realizarse; pero tan digna es esa tarea, que todos los esfuerzos merece.

No permanezca ociosa voluntad alguna si no quiere ser acusada con razon de desagradecida al beneficio; todos podemos participar de la gloria de haber contribuido al mejoramiento humano: no renunciemos á una honra que es al propio tiempo un deber; que si á felices circunstancias hemos llegado, lo debemos á los que nos precedieron de cerca, y con nuestra apatía podríamos desperdiciar el fruto de sus heroicas luchas contra la ignorancia y la barbarie, del glorioso martirio que padecieron por una causa cuyos efectos durarán mientras duren los siglos.

Hoy más que nunca, ahora más que nunca importa que artes y letras secunden á la ciencia, exciten y premien los deseos de enseñar y aprender, y pidan y exijan de la industria los medios más eficaces de llevar la cultura á todas partes, de herir más vivamente la imaginacion, de apasionar por lo bello todos los corazones, de extender, vulgarizar la crítica de las acciones humanas. Hasta hoy cada clase de la sociedad se interesaba por lo que tenia relacion con su clase; hoy, partícipes todos de la vida comun, el interés de los sucesos notables es igual para todos.

Los grandes problemas planteados no han de ser resueltos por una clase especial; las virtudes no son patrimonio de una clase: la miseria engendra vergonzosas torpezas, y la excesiva riqueza es madre de vicios no ménos indignos: la ignorancia rebaja y envilece, y á su lado se levanta el saber, propenso á ensoberbecerse y pervertirse; trabajemos, pues, para que desaparezcan las desigualdades peligrosas, elevándolo todo: afectos sanos, entendimiento, ideal, virtudes y medios de independencia y bienestar materiales; que la naturaleza es siempre pródiga y á todas las generaciones han de alcanzar sus beneficios.

Atraigamos cada dia nuevas fuerzas en favor de la

justicia: bendigamos las pacíficas armas que el siglo pone en nuestras manos, y busquemos fuera de los parques de artillería el triunfo de la verdad, las soluciones á los conflictos, el hermanamiento de las voluntades, el equilibrio de los intereses.

La obcecación irracional no ha de ser más poderosa que la persuasión y la demostración del bien; ningún ejército ha triunfado más que momentáneamente de una teoría demostrable.

En la lucha entre dos bandos que yerran, hagamos llegar cada uno un rayo de luz; que no puede haber oscuridad que no disipe la resplandeciente antorcha de la inteligencia.

LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL aspira á realizar algún bien entre los que, deseosos de participar de la vida culta, carecen de suficientes medios de fortuna para adquirir publicaciones verdaderamente apreciables arraigadas en España de algún tiempo á esta parte.

El concurso de elevadas inteligencias nos hace esperar que veremos satisfechos nuestros deseos, proporcionando á la parte más numerosa de la sociedad un medio de ilustración de que hasta ahora había carecido.

Penetren en la modesta morada del artesano las maravillas de las artes modernas; familiarícese este con el estudio de los sucesos contemporáneos; aficiónese á conocer la historia, en vista de los interesantes episodios que de ella se le refieran; aprenda á estimar la magnitud de los problemas sociales, por cuya solución más se clama que se trabaja; póngase en estado de contribuir prontamente á la obra de la civilización y la justicia; rechaze errores, aplaque pasiones violentas, fortalézcase el ánimo contra toda sugestión contraria á su derecho, y todos podremos felicitarnos y enorgullecernos de haber procedido como seres dotados de recta razón y nobles sentimientos, pagando el debido tributo á lo bello, lo bueno y lo justo.

ROBERTO ROBERT.

INMORALIDAD

DE LAS MONARQUÍAS ABSOLUTAS.

Anda muy acreditada la idea de atribuir todas nuestras glorias al absolutismo, cuando su entronizamiento señala claramente la decadencia de nuestra patria, que al comenzar la época del absolutismo era como reina, y al concluir era despojo de los mismos que en otro tiempo no habían podido mirar nuestros pendones sino con miedo en el corazón y la rodilla en el polvo.

Sin criterio histórico de ningún linaje, se ha tomado por monarquía absoluta toda nuestra monarquía, desoyendo la voz de las Cortes, el ruido de las armas de las Milicias de nuestras ciudades, el cántico de nuestros romanceros, los principios augustos de las cartas-pueblas, los juicios públicos de los jurados, el eco, que aun repite la historia, de nuestros municipios, elementos que muestran cuanto de vigor y fuerza tenía en la Edad media el pueblo español, más libre del yugo feudal que los demás pueblos de Europa, por haber escrito con pura sangre de sus venas en el espacio la sanción sacrosanta de sus libertades y derechos.

Entonces, cuando existían con el fraccionamiento pro-

pio de aquellos tiempos, con el carácter de privilegio peculiar á la Edad media, tantas libertades, si no para los individuos, para las clases; cuando esas libertades traían consigo la agitación, el movimiento saludable, signo de la vida, nuestros soldados escribieron esa epopeya, cuyos cánticos son la conquista de Sicilia, de Nápoles, de Cerdeña, la expedición al imperio de Constantinopla, el último tercio de la reconquista, que se extiende desde las Navas de Tolosa hasta los muros de la oriental Granada.

El absolutismo no nace de improviso; se constituye lentamente. Fué necesaria la derrota de Villalar, en que perecieron nuestras comunidades; la muerte de la nobleza á los pies de Carlos I, en el alcázar de Toledo; el quebrantamiento de los gloriosos fueros de Aragón por la pálida mano de Felipe II, para que el absolutismo se levante con todo su poder y con toda su fuerza en esta nuestra patria, libre por tradición, libre por carácter, mal apercibida á sufrir el horrible peso de la servidumbre, que debía apagar, extinguir su espíritu. Mas ¿cómo explicar que desde el instante mismo en que el absolutismo cobra toda su fuerza y todo su vigor, esta nación tan temida, tan gloriosa, tan grande; cuando todavía le quedaban sus inmensos dominios en Europa y aun surgían á su voz nuevos continentes del seno del Atlántico para proclamar su gloria, cae postrada en triste y doloroso abatimiento, ve rotos sus ejércitos, rotas sus escuadras, vacío su Tesoro, despoblado su territorio, débiles y flacos sus hijos, perdida su grandeza, eclipsada su gloria, sin fuerza su nombre, cual si se hubiera despojado en aras del absolutismo de aquel número divino que le había guiado en toda su portentosa historia?

No se atribuya tamaña desgracia á los hombres, no; atribuyase á la fuente, á la raíz del mal, á la idea. Cuando los gobiernos y los pueblos menosprecian los principios eternos de justicia, mueren y se corrompen.

Y un gobierno que había desconocido la ley de nuestra naturaleza, la libertad; un gobierno que sobre los escombros de todas nuestras instituciones había puesto la voluntad de un hombre, tarde ó temprano había de traer consigo como consecuencia inevitable, hija de la lógica de los hechos, la ruina de nuestra patria.

No se crea que exageramos: ahí está la historia con toda su elocuencia para mostrar la verdad de nuestros asertos. El absolutismo abandona la idea capital de nuestra nacionalidad, la idea de la conquista de África; esa gran idea que había acariciado Alfonso I de Aragón, cuando aparece con el aliento de la tempestad en las montañas de Andalucía; Alfonso VI de Castilla, desde el punto en que redime á Toledo; San Fernando, al entonar el *Te Deum* cristiano en la Aljama de los Omníadas; el gran Cisneros, cuando aguzaba contra Orán aquellas mismas lanzas que habían de quebrar más tarde la soberbia de Carlos V.

Dejando aparte algunas gloriosas expediciones, ¿qué hicieron nuestros reyes absolutos? ¿Qué amor mostraron á esa África que Dios había puesto á nuestras plantas para recibir el rocío de nuestras ideas? ¿Por qué en vez de gastar sus fuerzas en el Milanésado, en la Valtelina, en Ostende, no las consagraron á llevar á cima el pensamiento nacional? Más les valiera haber muerto como el héroe de Portugal, en los abrasados desiertos del África, á los rayos del sol, recibiendo heridas de las es-

padas del bárbaro enemigo, que disipar toda la vida de la nación en guerras, muchas veces inútiles, desastrosas, contrarias á los intereses de nuestra política y al resplandor de nuestra patria. ¡Ah! No en balde el absolutismo, después de haber vivido tres siglos, es y ha sido siempre como extranjero en nuestra patria; que sólo extrañas gentes podían traer la esclavitud á un pueblo tan grande.

Y si al pensamiento nacional no fué fiel ese tan encomiado sistema; si lo fué por ventura á nuestras gloriosas y antiguas instituciones, ¿qué se hicieron nuestras Cortes en aquellos tiempos? Los criados de la casa del rey eran los representantes de la nación; el oro del poder decidía de sus votos. Los Lermas, los Calderones, cohibían la voluntad de las ciudades y se nombraban á sí mismos procuradores para medrar; los lamentos de los procuradores independientes, que defendían el derecho, que clamaban contra la general amortización, que se daban de la pesada carga de los tributos, se perdían en lo vacío; la suerte de la nación iba de mal en peor, y el rey ejercía su autoridad omnimoda sin cuidarse para nada del voto de sus pueblos, que decaídos y prostrados, ni aun fuerza tenían bastante para expresar sus dolores en amargas quejas.

Lo mismo sucedió con el municipio. A la libre elección de los pueblos sucedió la omnimoda voluntad del monarca; á los alcaldes naturales del municipio, los corregidores nombrados de oficio; á la administración regular de los intereses públicos por los mismos pueblos, una administración absurda; pues hubo ocasiones en que los oficios de corregimiento, como casi todos los oficios públicos, se subastaban cual vil mercancía, y fueron adjudicados, no al mérito, no á la virtud, sino al oro corruptor.

Así la moralidad pública no andaba muy ganada. El rey Felipe II vendía hidalguías para recobrar oro, porque el dueño de América era pobre. Las flotas de oro que venían para particulares desde la India las acaparaba el gobierno, prueba del respeto guardado á la propiedad en estos tiempos. El desenfreno del lujo contrastaba con la miseria pública. La adulación, signo de envilecimiento, había crecido de suerte que en el cáustro de la universidad de Salamanca se leía una tesis consagrada á investigar si la ciencia humana podría encontrar algún simple ó compuesto para prolongar la vida de Felipe II más que la vida de los otros mortales. La miseria era un crimen, y se prohibía á las viudas entrar en la corte. D. Rodrigo Calderon era agente público y reconocido de todos los que por oro querían conseguir cargos públicos. Los judíos de Portugal eran exceptuados de las penas impuestas á todos los demás judíos del Reino, por haber ofrecido dinero con que librar sus culpas. Y no hay que decir que el pueblo, que la nación decaía por sí misma. Nada más injusto. Un gobierno que regulaba todos los cargos, todos los oficios, que se deslizaba en el seno del hogar doméstico, que disponía las pulgadas que habían de tener los cuellos de las camisas, los pliegues que habían de llevar las chorreras y hasta la manera de plancharlas; un gobierno que de esta manera pesaba sobre toda la sociedad, que se introducía hasta en el secreto asilo de la conciencia, como tenía en sus manos todos los medios de acción, de poder, de fuerza, es responsable de todo, ya que á la libertad del

hombre sustituye su libertad, y á la conciencia individual sustituye su infalible conciencia.

Dios, para mostrar la impotencia de los gobiernos que se creen omnipotentes; para mostrarles que nada hay más humilde que la soberbia humana, ni nada más miserable que nuestro orgullo, condenó á aquellos gobiernos, que se creían representantes de Dios en la tierra, á morirse de hambre; y del dueño del mundo, el que en América tenía montes de oro, ríos de perlas, después de haber acudido á expedientes vergonzosos y ridículos para sacar dinero á sus pueblos, iba de puerta en puerta, muerto de miseria, pidiendo limosna como un pordiosero.

Ved los medios á que recurrieron aquellos gobiernos para salir de la miseria; mueve á lástima. Unas veces prohibían la exportación, otras mandaban inventariar toda la plata del reino, incluyendo las alhajas de los particulares, y hasta los cálices y custodias de las iglesias; muestra de insigne piedad, que recomendamos á nuestros neo-católicos; ya daban títulos de nobleza á cambio de algunos ducados, ya creyendo que consistía la decadencia del Erario en que la corte no percibía la *sisa* extraída de los artículos de primera necesidad, mandaban que mil quinientos hombres rodeasen la corte, destinados á formar un cordón que impidiese entrar en ella sin ser antes minuciosamente registrados; medios todos que demuestran la triste abnegación y decadencia de aquellos gobiernos, impotentes por su misma omnipotencia.

Tan fatal fué este sistema, que el mismo fin á que le había destinado la historia, no supo ó no pudo cumplirlo. El absolutismo en su tiempo tuvo su razón de ser, porque no hay institución que no la tenga en la historia. Desde el siglo *xvii*, Dios le había señalado á la unidad del poder la unidad de las nacionalidades. ¿Llegó á realizar el absolutismo la unidad de nuestro país? Momentáneamente lo alcanzó; mas Portugal y Gibraltar mostrarán eternamente su vergüenza y la vergüenza que legaron á nuestra patria. Así, en una de las horas supremas de nuestra historia, cuando Napoleón mandaba sus huestes contra nuestra patria para avasallarla y atarla á su carro triunfal; en aquel esfuerzo titánico, nuestros reyes absolutos, que no sentían el calor de la vida nacional, que no oían los latidos de nuestro corazón, que por lo mismo no representaban nuestra gran idea ni habían recibido en su seno el génio de la madre patria, se arrastraban como corderitos á los pies de Napoleón, mientras el pueblo protestaba contra el conquistador en las calles de Madrid, en los campos de Bailén y Talavera, en los muros de Zaragoza y de Gerona.

Y si al menos ya que ese sistema que nos prostituyó en lo interior nos hubiera salvado en el exterior, hubiera salvado la honra nacional, encontraría alguna justificación en la historia. Pero desde la paz de Vervins en tiempo de Felipe II hasta la paz de los Pirineos, sólo afrontas, humillaciones recibimos en el mundo; sólo desgracias señalaban nuestros anales. Perdimos, abandonamos posesiones, muchas conquistas magníficas en Africa, fuimos humillados en Italia, las huestes inglesas llegaron á plantar su pabellón en Cádiz, las huestes francesas plantaron su pabellón en Puigcerdá; un reyezuelo africano pudo insultarnos impunemente; y este pueblo tan pu-

jante, y tan fuerte, y tan valeroso; este pueblo que había hecho temblar la tierra, que había dominado las bárbaras naciones, se tornó impotente, hechizado como su rey Carlos II, verdadero símbolo de la impotencia radical del absolutismo.

Ahora bien; si esto dice la historia, ¿debemos volver los ojos atrás? ¿Debemos remover el polvo de los sepulcros? ¿Debemos buscar la vida en los huesos de los cadáveres? ¡Oh! no, no. Dios impulsa á los pueblos hacia adelante, y en lo porvenir, no en lo pasado, está el secreto de nuestra vida y el númen que puede acrecentar nuestras glorias de ayer con nuevas futuras glorias.

EMILIO CASTELAR.

EL EJÉRCITO.

Figuran este año el ejército y la armada en el presupuesto de gastos por 464 millones. Vivimos, sin embargo, en paz con los demás Estados; no existen ni temores de guerra. ¿A qué tantos soldados sobre las armas? Cien mil hombres bajo las banderas son cien mil brazos arrancados á la agricultura y á la industria, cien mil mujeres infecundas, cien mil consumidores añadidos á la turba de parásitos que cubren de miseria todos los pueblos de la tierra. Arrebatados por una suerte impía del seno de sus hogares, representan el desconsuelo de cien mil familias, cuando no su ruina. Ayer eran aun hombres activos y puros; vedlos hoy: el ejército es en la paz la escuela del vicio, en la guerra la del crimen: han perdido sus más bellos sentimientos. Observad, si no, cómo el pueblo teme instintivamente á los soldados.

Quisiéramos, por otra parte, que se nos dijese de qué sirven esos cien mil hombres. Creados para contrarrestar toda invasión extraña, deberían ocupar las plazas fuertes de la costa y la frontera, tener siempre un pié en los límites del reino. Le tienen, no obstante, en la corte y en las capitales de provincia. ¿Por qué? En la corte y en

las capitales de provincia, dicen los gobiernos, fermentan las ideas revolucionarias; ¿cómo las combatiríamos si no tuviésemos á mano las bayonetas ni las lanzas del ejército? Esos cien mil hombres sirven, por lo tanto, para probar la fuerza de una idea. ¿La idea armada los vence? Se realiza en la esfera del poder y domina la nación entera. ¿Es vencida? Ha de resignarse á vivir bajo la ley del sable. ¡Qué organización la nuestra!

Las ideas, en los países bien constituidos, no necesitan de la rebelión para imponerse; las revoluciones son el resultado de las malas leyes; los hombres todos amamos el orden, y solo en la desesperación apelamos al desorden. Si los ejércitos no han de tener otro objeto que el de prevenir y contener la anarquía, no vacilamos un solo momento, los declaramos desde luego inútiles. Las revoluciones las puede prevenir la libertad, y no la espada. La existencia de los ejércitos, lejos de evitarlas, las provoca; lejos de dominarlas, les da fuerza. Una idea no puede morir sino después de haber recorrido todas sus evoluciones naturales; inútil de todo punto que se aseste contra ella la punta de las bayonetas. El cañon de sus enemigos le sirve de heraldo, el cadalso de tribuna. Toda nueva persecución la rodea de una más brillante aureola. ¿Es tan difícil que atraiga á su servicio al mismo ejército?

¡Ah! los gobiernos para sostenerse han querido desviar el ejército del objeto para que fué creado, y le han convertido, á pesar suyo, en una guardia pretoriana. Cada nueva dinastía, cada nuevo sistema, cada nuevo ministerio ha debido halagarle, y halagándole, se ha puesto á merced de sus armas. Como han hallado en él la escala del poder, han hallado más tarde la de su sepulcro. Ved á Napoleon. Traidor el ejército á la República, le elevó á la silla de un imperio; traidor al imperio, le sepultó en Elba. ¿No fué aquí el mismo ejército que encumbró á Espartero y le persiguió como á un bandi-



DANTON.

do hasta las playas del Océano? La reina Isabel confiaba hace tres años en sus tropas; las tropas le volvieron la espalda.

Tiene el ejército sus jefes, estos su ambición y su partido. La división está en el mismo ejército. ¿Y se pretende dominar con él los antagonismos que han de existir inevitablemente en el terreno de las ideas? Sube un hombre al poder y declara de cuartel á todos los generales enemigos, de reemplazo á todos los jefes subalternos que puedan serle hostiles. ¿Qué adelanta con esto, sino gravar más y más el presupuesto? La ambición de los nuevamente favorecidos crece, la disciplina se relaja, el soldado piensa, el espíritu de insurrección cunde por cincuenta batallones al primer motivo de alarma y descontento. Al año de entronizado Espartero, ¿no se sublevaba ya el ejército en Pamplona? En los once años de la dominación moderada, ¿sobre cuántas habrán sido las insurrecciones militares? Y ¿qué? ¿Puede darse algo más vergonzoso para un país que tener sus instituciones y sus leyes al antojo de cincuenta ó de cien mil soldados?

El ejército, dadas sus actuales condiciones, no sirve decididamente ni á la revolución ni al orden. Es para los gobiernos un apoyo peligroso; para los pueblos un azote, para las ideas una rémora, para la moralidad un escollo, para la economía nacional un imposible... La revolución, como todo buen gobierno, no necesita de su apoyo. Donde hay verdadera libertad, está abierto para todos el camino del gobierno; las luchas políticas se verifican en los colegios electorales y en la prensa, y se realiza toda mudanza sin estrepito. La libertad es entonces para todos un arma de combate y un escudo; el progreso no halla otra muralla que la inercia de ese mismo pueblo que ha de realizarlo.

Se teme la guerra civil, y se nos dice: ¿Qué hareis entonces del ejército? Empezamos por declarar que esa guerra no la tememos, que dentro de la República federal, ocupadas las provincias en su propia organización, y hallando luego dentro de sí ancho campo para toda ambición y toda idea, perderían las facciones sus naturales elementos y la guerra no llegaría á formalizarse. Mas, aun cuando se formalizara, ¿no podríamos siempre levantar tropas al paso que se levantaran las facciones? ¿No podríamos oponerles hombres de su propio temple y combatirlos con sus mismas armas? ¿De qué ha servido nunca el ejército contra los facciosos? El año 48 cinco mil carlistas, mal armados, tuvieron en continuo jaque treinta mil soldados. Las facciones se acabaron, pero no á fuerza de armas, sino á fuerza de oro. La traición suplió el valor; la honra militar cayó en el cieno. Los ejércitos no sirven más que contra ejércitos; contra facciones no hay sino oponer otra facción, los cuerpos francos. Es hasta una falta de sentido sacar á pelear, contra voluntarios, soldados que solo se baten por las leyes de la disciplina; contra hombres cuyas fuerzas multiplica el conocimiento del terreno, hombres que se pierden en las gargantas de las cordilleras como en los más intrincados laberintos; contra tropas que pueden desbandarse sin peligro, tropas que desbandadas encuentran á cada paso un precipicio.

Mañana que venciese la revolución, aconsejaríamos sin titubear que se disolviese el ejército. Crearíamos otro al momento; pero solo para la defensa exterior de la Repú-

blica. No admitiríamos en él otros hombres que los que se sintiesen inclinados al servicio de las armas. El arte militar sería otra de tantas profesiones. El tiempo del servicio, indefinido. Los grados más altos ascquibles hasta al último soldado. Suprimiríamos los capitanes generales y los gobernadores de provincia. Ni un solo soldado había de residir en lo interior; todos en la frontera ó en la costa. Si nos amenazase algun día una guerra internacional, organizaríamos nuevas tropas, de que las ya constituidas serian la vanguardia. Todo ciudadano es en calidad de tal soldado de la patria; haríamos de la milicia un auxiliar eficazísimo. No habria desórdenes interiores; pero aun cuando los hubiese, no autorizaríamos á ningun gobierno para echar mano de aquella fuerza pública. Sus jefes estarían en el deber de resistirse.

Se nos preguntará tal vez: ¿Qué haríamos de los cuerpos facultativos? En nuestro sistema lo son todos. Todos estarían sujetos á iguales condiciones; si no iguales, análogos. Desde el general en jefe hasta el peon deberían conocer todos su arte; el general como general, el peon como soldado. Incluiríamos al efecto la instrucción del sistema militar en el plan general de la enseñanza pública.

(Se concluirá.)

F. PÍ y MARGALL.

JOSÉ PEREZ GUILLEN (EL ENGUERINO).

Nació en Pedralva (Valencia), el 2 de Junio de 1834, siendo sus padres José Perez, apellidado tambien *El Enguerino*, y María Rosa Guillen.

Heredó de su padre, rico industrial, labrador y propietario, las ideas democráticas, y le sirvió de confidente con grave riesgo de su vida en 1848, aunque apenas contaba catorce años, cuando su padre capitaneó aquel movimiento republicano y sostuvo el rudo combate de *Las Cabrillas*, teniendo que emigrar á Marsella: en épocas anteriores sostuvo y propagó las ideas republicanas, viéndose continuamente perseguido hasta su fallecimiento, ocurrido en 1853, llorado de cuantos le conocían y dejando un vacío que habria sido difícil de llenar sin el entusiasmo y consecuencia de su hijo.

Perez Guillen tomó parte en la revolución de 1854 y siguió propagando el credo republicano, que le atrajo el odio y persecución de los gobiernos reaccionarios de aquella época.

Indignado por los tristes sucesos del 66, combinó un movimiento con Aragón y Cataluña en el 67, y ya en el campo con las armas en la mano, hubo de retirarse con sus valientes compañeros, segun órdenes y avisos que recibió.

Llegada la gloriosa de Setiembre (que *El Enguerino* llama *demoniosa*), lanzó el 26 el grito de libertad en la plaza de Pedralva y seguido de sus vecinos pasó á Burgarra y Gestalgor, cuyos pueblos secundaron su alzamiento, y el 27 penetró en Liria, hecho tan importante como peligroso, por la situación de aquella localidad; la misma noche pasó á Cancios, Villar, Lolá y pueblos del rio de Chelva, corriendo luego en auxilio de Valencia, y una vez obtenido el triunfo, tornó á Pedralva con sus amigos, llevando la bandera republicana como enseña victoriosa.

De vuelta en Pedralva, organizó la Milicia, y después de grandes trabajos é incomodidades, logró 200 malos fusiles, que no tardaron en ser útiles, pues á la media noche del 31 de Agosto del 69 recibió *El Enguerino* un aviso urgentísimo del alcalde de Villar para reunir sus fuerzas y acudir á sofocar el levantamiento carlista de su localidad; reunió las Milicias de Bugarra y Gestalgor, y se presentó en el Villar, que abandonaron los carlistas al saber su venida.

Al siguiente día supo que los carlistas del Rio de Segorbe marchaban á Alumbias, á donde debían concurrir los que él perseguía, y con el mayor denuedo se lanzó en su persecucion, los dispersó por completo y recorrió los pueblos de Sacañe, Canals, Andilla, Oset y Artach; les cogió cuarenta prisioneros y multitud de armas y pertrechos, y regresó á Pedralva luego de entregarlos al capitán general, debiéndose á su arrojo y al de sus amigos, y á la rapidez de sus movimientos, que fracasara la conspiracion carlista, que contaba con muchos y poderosos elementos.

Llegamos al heroico alzamiento de Valencia, en Octubre del 69; *El Enguerino* se hallaba en la ciudad á la ruptura de las hostilidades el día 8, y salió para recoger sus fuerzas y enviar emisarios á varios puntos con orden de acudir á la capital, á donde regresó á marchas forzadas en la tarde del 10, ocupando con sus gentes las barricadas de la calle de Cuarte y varios puntos avanzados.

Imposible seria reseñar el valor y los servicios de *El Enguerino* y sus amigos en aquellos memorables días, y solo nos permitiremos consignar su ya célebre frase: «*Al que robe un alfiler se lo clavará en la lengua.*» Sus nobles deseos fueron dignamente secundados por el pueblo valenciano, que juntó al heroismo la abnegacion, y á la nobleza la más alta honradez.

Terminada aquella sangrienta lucha, permaneció oculto hasta la publicacion de la amnistia; debiendo procederse á nuevas elecciones por la circunscripcion de Liria, el pueblo le honró con la alta investidura de diputado constituyente, en justo tributo de admiracion y aprecio, y tomó asiento en la Cámara entre los diputados republicanos, llamando la atencion por su popular y modesto traje, captándose las simpatías de sus correligionarios y la admiracion de sus contrarios, que contemplan en nuestro amigo el tipo perfecto del hijo del pueblo, valiente y honrado, pronto siempre á sacrificar su bienestar y su vida en defensa de la República federal, que es el ideal de los pueblos libres.

E. R. S.

A LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

«Hijo mío: la razon te guía por santa huella, y al jurar una opinion grababa en tu corazón y muere abrazado á ella.»
TERCERO.

I.

¡Tú resueltas el problema, libertad! ¡Yo te saludo!
Tú eres, libertad, mi lema.
Serás el mote y emblema que respaldanza en mi escudo.
Ningun galardón anhelo;

llena de entusiasmo y fé alza la opinion su vuelo, y es la libertad su cielo, la gloria que yo soñé.

En tí, libertad, confío; si me falta inspiracion, ilumina el estro mio con ese salvaje brio que infunde la indignacion.

Libertad, mi mente inspira, y rompé las cadenas del sér que esclavo suspira, con los ecos de mi lira y la sangre de mis venas.

Degradacion; heroismo: esclavitud; libertad: la justicia; el egoismo: la razon; el fanatismo: el hombre; la sociedad.

Y en esta eterna mudanza, en este equilibrio extraño, oscila la fiel balanza: vamos tras una esperanza y hallamos un desencano.

Del mundo es el hombre dueño y sueña un mundo ideal, ilusión de un loco empeño; pasa la ilusion; del sueño, solo queda un mundo real.

Y un mundo con un borron.
¡Que sea libre la Ciencia!
¡Sea libre la Razon!
¡Libre será el corazón!
libre será la conciencia!

Mi lira abolicionista condena la esclavitud aunque galardón no exista; serán su mejor conquista lágrimas de gratitud.

¡Que triunfe la abolicion!
Es mi sueño LA IGUALDAD;
EL PROGRESO mi pasion,
LA CIENCIA mi religion,
MI MUSA LA LIBERTAD.

«Yo rompé las cadenas, daré paz y libertad, y abriré un nuevo sendero á la errante humanidad.»

ESPRONCEDA.

II.

Esclava la antigüedad, quiso, aunque esclava, vivir; ¡Es preferible morir á vivir sin libertad!

Si tuvo párias é ilotas y castas en la opresion, al grito de «redencion» fueron sus cadenas rotas.

Siervos tuvo el feudalismo y vasallos los tiranos, cuando á los hombres hermanos proclamaba el cristianismo.

Todos á una voz dijeron, viendo su misera suerte, ¡Antes que esclavos... la muerte!
¡Libertad!... Y libres fueron.
Prosigue la lucha eterna; de la sociedad es base,

y hoy muestra una nueva fase
la *cautividad* moderna.

No se alcanza á comprender
que exista en su plenitud
hoy día la esclavitud;
no tiene razon de ser.

La rechaza la conciencia,
se resiste al corazón,
la condenan la razon,
la religion y la ciencia.

Esa raza, que oprimida
baja un cielo abrasador,
hoy gime por su color,
degradada, envilecida,

Tiene, cual sér racional,
génio para concebir,
corazon para sentir,
y un alma libre, inmortal.

La fuerza á esa raza humilla,
le gravó un sello en la frente,
y azota bárbaramente
el látigo su mejilla.

Cautiva en tierras extrañas,
para más explotación,
le venden sin compasion
los hijos de sus entrañas.

Y allí, del martirio en pos,
esta raza, aunque os asombre,
vive, maldiciendo al hombre;
*muer*e, dudando de Dios.

Siglo que grande se mira
y á tanta ignominia cede,
ser un gran siglo no puede;
su ilustracion es mentira.

Si civilizado estás,
no sufras tanto baldon.
Pues qué, ¿los negros no son
hombres como los demás?

¡Esclavistas inhumanos,
cesen por fin tantos malos!
Seamos todos iguales
si todos somos hermanos.

Del progreso humano en pos,
se funde en la libertad,
el hombre, en la HUMANIDAD,
y la humanidad en Dios.

En ese Dios inmortal
que á la humanidad bendice,
esperando que realice
LA ARMONIA UNIVERSAL.

Esa armonía sublime,
ideal del porvenir,
se alcanza con redimir
á todo el que esclavo gime.

Reine la FRATERNIDAD,
dé al mundo rumbo diverso;
patria... será el UNIVERSO:
familia... la HUMANIDAD.

J. A. SERRA.

UN TEXTO SERVIL.

Tenia que escribir un artículo para LA ILUSTRACION REPUBLICANA; no hallaba tema; cogí un libro, leí un texto absolutista, y aquel texto me ha dado asunto para mi pequeño y humilde trabajo.

Hé aquí el texto en cuestion:

«¡Oh! Si á ese pueblo le enseñárais el pró y el contra de vuestras doctrinas; si asistiérais á debates cultos y razonados, sereno el ánimo y el corazon tranquilo, yo os aseguro que no iria como va hoy á remolque de la revolucion, porque sus justos deseos y sus justas aspiraciones hallarian más cumplida satisfaccion en otra parte.»

Respuesta. Nosotros enseñamos al pueblo lo que debemos enseñarle: la verdad.

Enseñamos al pueblo que, no habiendo más que una naturaleza humana, no puede haber más que un derecho humano, y que todos somos iguales, robos, ante aquel derecho y ante aquella naturaleza.

Enseñamos al pueblo que todos descendemos de una ley anterior y superior á todas las leyes, y que la sociedad no tiene poderes para infringir ese Código original, ese Código eterno, esa ley soberana, obra de la naturaleza, si de la naturaleza procedemos; obra de Dios, si de Dios venimos.

¿Por qué? La razon es muy clara, señor letrado.

Ó la sociedad es la consagracion de las facultades con que nacemos, ó es la usurpacion de esas facultades necesarias, de esas facultades que constituyen nuestro sér, nuestra vida.

Si la sociedad es la consagracion del sér con que venimos á este mundo, la sociedad es la custodia de la ley natural ó de la ley divina. La sociedad es lo que debe ser: una garantía, un resguardo de lo que ha hecho la naturaleza, de lo que ha hecho Dios.

Si la sociedad es la usurpacion de las facultades con que nacemos, resulta que la sociedad no es otra cosa que un grande latrocinio organizado, un grande latrocinio convertido en ley, un grande latrocinio convertido en sistema.

El sistema en que la sociedad se considera con poderes para anular al hombre, ahogando la ley natural, si de la naturaleza nos originamos, ó la ley divina, si de Dios venimos: esa sociedad que hace de la tierra una conquista, que hace de este mundo un botín: esa sociedad violenta, bárbara, despótica, no es más ni ménos que la política de los antiguos Faraones egipcios: un atentado, un robo contra el hombre y Dios. Y luego se llama derecho divino! ¡Un robo se llama derecho divino!

Nosotros, señor jurisconsulto, enseñamos al pueblo que no admita ladrones en ninguna parte: tampoco en el sistema que ha de gobernarlos en nuestra casa, es decir, en el globo terrestre, porque nuestra casa es el globo.

Enseñamos al pueblo que la sociedad es la consagracion, la custodia, la garantía de lo que Dios ha hecho en el hombre, y que todos somos iguales ante ese dogma originario: robos, sean grandes ó pequeños, sábios ó ignorantes, gentiles ó judíos, griegos ó persas, machos ó hembras, *sierros* ó *libres*.

Todos somos iguales ante un Dios que nos ha creado á su imagen y semejanza.

Todos somos iguales ante una creacion que nos ha dado las mismas facultades primitivas.

Todos somos iguales ante el derecho de una sociedad que no puede ser otra cosa que la defensa del dogma natural ó del dogma divino, cuna de la Providencia en que se mecen todas las razas, sol que alumbrá todos los tiempos.

Enseñamos al pueblo que todos somos diferentes en los desarrollos, en las formas, en las aspiraciones, en los instintos, en las aptitudes, en los genios.

Enseñamos al pueblo, señor letrado, que todos somos diferentes en los merecimientos y en las condiciones sociales.

¿Por qué? Porque el sábio merece más que el ignorante, y tendrá necesariamente una distinta condicion social. Tendrá los goces que proporciona la sabiduría, y será más feliz que aquellos que no han nacido para alcanzar tamaña gloria.

El sóbrio merecerá más, y vivirá mejor que el ébrio.

El hombre laborioso merecerá más, y vivirá mejor que el hombre ocioso.

El hombre inspirado merecerá más, y vivirá mejor que el estúpido.

Enseñamos al pueblo que todos somos perfectamente iguales ante el derecho humano, porque no hay más que una familia, la cual está dotada de unas mismas fuerzas elementales, y procede del mismo origen, del mismo tronco, de la misma raíz.

Todos tenemos el mismo derecho á mover el cuerpo y el alma. Todos tenemos el mismo derecho á la tierra, al mar, al cielo, al fuego, al agua y al aire. Todos tenemos el mismo derecho al movimiento, al trabajo, al raciocinio, á la conciencia, á la voluntad, á la esperanza, á la belleza, á la justicia, á la fé, al amor. Todos tenemos el mismo derecho á los oficios, al comercio, á la industria, al arte, á la moral, á la ciencia, al dogma.

¿Privamos á un hombre, sea el que fuere, del derecho que tiene á ser religioso, á ser científico, á ser artista, á ser comerciante, á ser industrial, á ser embajador ó jefe supremo?

Pues, señor abogado, somos ladrones de ese hombre, aunque sea un ignorante, aunque sea un negro, aunque sea un verdugo, aunque sea un mendigo.

¿No adivina Vd., señor letrado, la razon de esto? Pues

la razon es muy sencilla. Aquella criatura humana, considerada en su relacion con la naturaleza, con la humanidad, con el sér, con ese augusto y sagrado misterio de todo lo que existe: aquella criatura humana, repito, considerada como sér humano, no es un ignorante, ni un mendigo, ni un negro, ni un verdugo: es un hombre: es el gerente del universo, el gerente de la obra de Dios, el segundo creador de la vida, el cual vino al mundo por derecho providencial para realizar la familia, el

oficio, el comercio, la industria, el arte, el derecho, la moral, la ciencia y el dogma. Y por eso tiene derecho al cielo, á la tierra, al mar, al aire, al fuego y al agua. Y por eso tiene derecho al trabajo, á la verdad, al albedrio, á la belleza, á la justicia, á la esperanza, á la caridad, á la fé y al amor. Y por eso tiene derecho á poner en actividad todo su cuerpo y toda su alma.

Nosotros enseñamos al pueblo que el sér humano, reflejo del sér universal, idea de la idea divina, raciocinio del raciocinio eterno, no es negro, no es mendigo, no es ignorante.

¡No, señor letrado! No es un ignorante, no es un mendigo, no es un negro ese misterio augusto, ese dia infinito, esa hora sagrada que enciende el pensamiento en el alma del hombre, que enciende en su conciencia la esperanza de la verdad y de la justicia, como enciende la luz en la

redondez inflamada del astro, como agita el mar con las tempestades, como mueve la atmósfera con los torbellinos, como purga la tierra con los volcanes, como limpia el éter con los rayos, como siembra palmeras en los desiertos, como puebla los eriales con el casto aroma del lirio, como puebla al mundo con la sublime poesía de los campos y de las montañas.

Nosotros enseñamos al pueblo que todos los hombres son iguales en la naturaleza, en la humanidad, y que todos son diferentes en los individuos humanos.

Nosotros enseñamos al pueblo la unidad perfecta, na-



JOSÉ PEREZ GUILLEN (EL ENGUERINO).

tural, divina del principio, y la variedad necesaria de los medios, que son las palancas en que aquel principio se apoya para balancearse en todas las esferas.

Enseñamos al pueblo la unidad absoluta de la sustancia y la fecunda variedad de las cualidades; la unidad absoluta de la esencia y la fecunda variedad de los modos; la igualdad absoluta de la naturaleza y la fecunda variedad de las formas.

¿Cuántas facciones diferentes no entran en la fisonomía humana? Pues nosotros enseñamos al pueblo la unidad de la fisonomía y la diversidad de las facciones.

¿Cuántas pisadas no puede formar un solo pié? Pues nosotros enseñamos al pueblo la unidad de ese pié y la diversidad de esas pisadas.

¿Cuántas y cuántas criaturas no entran á formar la fábrica maravillosa del universo, cuyo universo es uno, eternamente uno? Pues nosotros enseñamos al pueblo la perfecta unidad universal y la inconcebible variedad de los séres universales.

Nosotros enseñamos al pueblo la siguiente fórmula: todos los hombres son uno solo en la humanidad: la humanidad es infinitamente múltiple en cada hombre.

De la humanidad viene el derecho comun á todos, y esto nos explica el por qué todos deben tener un mismo derecho.

Del individuo humano, de cada hombre, viene la variedad de géneo, de ciencia, de arte, de trabajo, de virtud, de familia; y esto nos explica la variedad de merecimientos, de aptitudes, de creaciones y de organismos.

Iguales en Dios, en la naturaleza, en el derecho.

Distintos en la capacidad, en las vocaciones, en el talento, en la virtud.

Iguales en la fisonomía: diferentes en las facciones.

Iguales en el pié: diferentes en las pisadas.

Esto es, señor jurisconsulto, lo que nosotros enseñamos al pueblo.

Si Vd. no está conforme con esta grande ciencia, con este arte sin igual, que ha dado al universo tan asombrosas maravillas, desde la luz blanca de las estrellas hasta las cavidades horrosas de los abismos: si Vd. ha encontrado un arte y una ciencia superiores á la ciencia y al arte de Dios, hable Vd., señor jurisconsulto, hable Vd. presto, hable Vd. sin demora, abra Vd. luego las cataratas de su sabiduría, porque nos tiene Vd. con cuidado. Puede ser que Vd. haya encontrado el modo de ser más universo que el universo, más naturaleza que la naturaleza, más humanidad que la humanidad, más Dios que Dios.

ROQUE BÁRCIA.

A LOS PRESOS REPUBLICANOS.

(Improvisacion.)

Mártires, alzad la frente;
sufrís por vuestra opinion,
y el que hoy defenderla intente
arrostrará tristemente
el cadalso ó la prision.

Impera la tiranía,
y con satánico gozo
al calab. zo os envía,

sin pensar que os honraria
vuestro triste calabozo.

Nada la prision corrige:
á los que saben morir
ni aun el patibulo afflige;
cuando la patria lo exige
se muere sin discutir.

Por un ideal luchais
y hallais vuestra ejecutoria;
el sufrimiento arrostrais,
y al fin la gloria alcanzais,
porque el martirio es la gloria.

Vuestros nombres cantarán
futuras generaciones,
y su gloria admirarán.
Hoy con vosotros están
todos nuestros corazones.

Quien el martirio ambiciona
sufre con santo delirio,
y á sus verdugos perdona:
no hay martirio sin corona,
ni corona sin martirio.

Mártires, alzad la frente:
que vuestro nombre inmortal
pasará de gente en gente,
y vivirá eternamente,
mientras quede un FEDERAL.

SIERRA.

Mayo 31 de 1871.

ROQUE BÁRCIA.

Nació en 1823 en la hermosa Sevilla, cuna de Lope de Rueda, *Hispaletto*, *Murillo*, Alberto de Lista y tantas otras celebridades en artes, armas y ciencias.

Estudiando lógica en el Instituto de San Isidro de Madrid, consultó con su profesor sobre la generacion de las ideas, suponiendo que debia existir una *simple*, generadora de todos los hechos mentales, y á fuerza de perseverancia y estudio halló la idea de *ser*, llegando á la formacion de un tratado sumamente sencillo de erudicion universal.

El universo es una grande idea y una grande palabra: tal era el epigrafe de su libro, apenas conocido en España, y anuncio quizás de todas las ciencias venideras.

Durante algunos años viajó por el extranjero; en 1848 estuvo en Montpellier y Liorna, y el 49 en Ferrara consultando las bibliotecas para su grande obra *El progreso y el cristianismo*, en la que trabajó diez años, que fué prohibida y quemada por un gobierno despótico y arbitrario en 1858.

A su vuelta escribió cuatro tomos de viajes y su preciso libro *Un paseo por Paris*, y dirigió *El círculo científico y literario* hasta 1854, por cuya revolucion trabajó con grande energía propagando las doctrinas democráticas.

Publicó luego *La cuestion pontificia*, *La verdad social*, *la Historia de los Estados-Unidos*, *Las armonías*



morales, El nuevo pensamiento de la nación, todas prohibidas, y poco después su magnífico Diccionario y los Sinónimos castellanos.

En 1866, el eminente orador Emilio Castelar fundó *La Democracia*, en la que Roque Bárcia conquistó con sus artículos innumerables adeptos; á poco se trasladó á Cádiz, donde fundó y dirigió *El Demócrata andaluz*, nuevo campeón de la buena causa, mereciendo la excomunión del obispo de esta ciudad, que recibió cumplida respuesta en *El Demócrata* y en su nuevo libro *La teoría del infierno*.

Cuando los sucesos de Junio, Bárcia se encontraba en Isla Cristina visitando á sus hermanas, y supo que su casa había sido allanada y se le buscaba por todas partes: con riesgos mil ganó la frontera de Portugal, donde se halló encerrado por dos veces en los *Pontones*, de los que salió merced á sus enérgicos artículos y al apoyo de la mayoría de Portugal.

Elegido presidente de aquella *Junta revolucionaria*, escribió notables proclamas y documentos en apoyo del movimiento de Setiembre, que le abrió las puertas de la patria; entonces publicó *Las cargas de justicia, El Evangelio del pueblo y La teoría del infierno*, que llevan multitud de ediciones. Diez y seis circunscripciones le ofrecieron su voto; ruda oposición le hizo el gobierno, á pesar de la cual tomó asiento en la Montaña, hasta la presentación del proyecto de Constitución; entonces abandonó la Cámara, y escribió á sus electores un notable manifiesto, en que decía:

«Los republicanos no somos un partido, no somos una parte, sino todo el pueblo; todas las fuerzas vivas, sanas y palpitantes del país, sin otra excepción que las clases privilegiadas.

»Vaya la minoría republicana á Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Valencia, Málaga, Valladolid, Santander, la Coruña, á cualquier punto, aunque sea una aldea; publique en todas partes lo que quiera; promulgue su Constitución, y entonces veremos las provincias que reconocen la de Madrid y las que abrazan el *Pacto federal*.»

Parece que en Lisboa el duque de Montpensier manifestó vivos deseos de conocerle, y respondió: *Me he entendido con quien debía entenderme, que es el desgraciado pueblo español*. Le envió dinero para socorrer á los demócratas, y dijo: *Cuando tengo, socorro á los demócratas y no demócratas; cuando no tengo, no socorro, porque ni soy, ni puedo ser limosnero de nadie*.

Cuando publicó los *Sinónimos*, un elevado personaje le dijo que el rey quería subvencionar la obra con diez mil duros, que se imprimiese en la Imprenta Nacional, y que el autor entrase en la Academia, y contestó: *Diga Vd. al rey que es muy estúpido para que yo reciba dinero de sus manos; que nada le he pedido, y que nada me debe*.

Individuo de la Junta revolucionaria de Madrid, se negó á firmar el acuerdo que invistió del poder supremo al general Serrano, no volviendo más; llamado á firmar el Manifiesto de conciliación, declaró que era una *indiscreción ó una apostasía*, y que antes se cortaría la mano que firmarlo: hablado con insistencia para aceptar un alto puesto, dijo: *Yo tengo una posición importante; la imprenta; sembrar hombres para que nazcan pueblos*.

La idea dominante de su vida es no trabajar por un partido ni un pueblo, sino por el sér humano, y siempre

le hemos oído que trabaja por todos, incluso sus contrarios.

Estando en París, una *Comisión del Oratorio* vino á proponerle si quería hacerse protestante, y el representante de la propaganda inglesa le suplicó muchas veces que le permitiera reimprimir sus obras religiosas, á lo que se negó, pues Bárcia no profesa los principios de una secta, sino la religion cristiana en el más alto sentido de la palabra: busca al hombre perdido en la humanidad, y lo mismo en religion que en política, trabaja por la emancipación y el bienestar del hombre.

Cuando la célebre declaración de los cinco periódicos de Madrid, sus magníficos artículos en *La Federación española* evitaron una division en el partido, y por iniciativa de varios republicanos catalanes se abrió una suscripción para regalarle una pluma en justo tributo de admiración y cariño.

En las últimas elecciones, varios distritos le ofrecieron sus votos, pero solo aceptó el de Alcoy, en que salió triunfante; declarado diputado electo por la *Gaceta* el 12 de Marzo, fué preso el 13 á las dos de la tarde y encerrado en las prisiones de San Francisco, sufriendo once días de absoluta incomunicación, que pusieron en peligro su ya delicada salud: parece que se le acusa de complicidad en el asesinato de D. Juan Prim: nosotros apelamos á la conciencia de cuantos los tratan, amigos y enemigos, para que digan si el honradísimo y noble Bárcia ha podido ni soñar siquiera tener en sus manos un trabuco, y si cuarenta años de una vida sin mancha no responden suficientemente de su acrisolada lealtad é inocencia.

El día 25 de Mayo ha sido proclamado diputado en las Cortés, y como en ellas constaba el suplicatorio del juez para procesarle, se ha nombrado una comisión para que dé su dictámen, de la cual forma parte nuestro querido amigo el elocuente y profundo orador Pi y Margall.

De un notabilísimo escrito dirigido por *Roque Bárcia á los señores diputados* acerca de su proceso, vamos á copiar algunos importantes párrafos:

«Yo asesino! Yo causante de la muerte de un hombre! ¡Llore el juez que ha escrito esa impía palabra!

»Si sus padres viven, llore por sus padres.

»Si es esposo, llore por su mujer.

»Si es padre, llore por el fruto de sus entrañas.

»Pero no, señores diputados: el juez del Congreso no debió sentir nunca lo que siente un padre cuando da el primer beso á sus hijos.

«Cómo, señores diputados! Por un papel falso que se encuentra perdido en una calle pública, y cuya procedencia no se conoce; por un telegrama amañado, cuyo origen se ignora; por dos misterios, por dos tinieblas, por dos imposturas cobardes, por dos viles calumnias, se arranca á un hombre del sagrado de su familia, se allana su vivienda, se trastorna su casa, se le deprime, se le deshonra y se atenta contra su vida, sepultándole enfermo entre cuatro paredes, como si fuera un perro rabioso.

«Qué es una honra, qué es una vida, qué es una salud, qué es una hacienda, qué es una familia, qué es una libertad puesta á merced del primer miserable que ponga un parte telegráfico, ó que arroje á la calle una solfa para que la descifre un agente de policía?

»Señores diputados: Por una solfa, de que no tengo la menor noticia; por un telegrama, cuyo autor se oculta entre sombras, he estado nueve días y nueve noches sin comer ni dormir, y he sufrido horas y horas de un vé-

tigo horrible, en que he visto á mi pobre mujer vestida de luto y á mi hijo huérfano.

»Señores diputados: Lo digo por primera y última vez: en el abominable asesinato de D. Juan Prim, en esa malvada alevosía, tengo la misma parte que la desolada viuda del general. Cuando un padre habla en nombre de sus hijos no miente. Yo lo juro por el sagrado amor que tengo á mi hijo.

»Lo juro por el nombre de Dios.

»Lo juro por la sombra de D. Juan Prim.»

Este es el lenguaje de la verdad, y nadie, estamos seguros, cree en esa injusta y torpe acusación.

Roque Bárcia es un escritor de vastísimos conocimientos, un publicista ameno y elegante y un distinguido periodista: hombre de inequebrantable fé, de gran consecuencia é infatigable propagandista; de educación esmerada, de exquisito trato, modesto y popular cual ninguno, es un modelo de caballeros, que no pertenece á ningún partido, sino á la humanidad entera, por quien tanto se afana y tanto trabaja.

Dos palabras para terminar: el eminente orador Emilio Cástelar dice que el periodismo cuenta en España con un hombre sin rival, y es Roque Bárcia; nosotros añadiremos, sin temor de ser desmentidos, que es el escritor á quien más se conoce, más se lee, más se aprecia y estudia, desde la ciudad más populosa é importante, hasta la más humilde y desolada aldea.

ENRIQUE RODRIGUEZ SOLIS.

DANTON.

Después de la célebre entrevista entre Danton y Robespierre en Charenton, sus amigos corrieron á Sevres, suplicando á Danton que resistiera y conjurara la tempestad que bramaba sobre su cabeza.

Danton contestó con una sonrisa de indiferencia y orgullo:

—No se atreverán á prenderme; soy más fuerte que ellos.

Al día siguiente, 31 de Marzo, fué preso con Camilo Desmoulins y Hérault de Séchelles: al entrar en el Luxemburgo y pasar por debajo del arco que solo se volvía á ver para salir al patíbulo, movió tristemente la cabeza y murmuró:—¡En esta época hice constituir el tribunal revolucionario; pido perdón á Dios y á los hombres!

Al interrogarle, contestó:—Soy Danton, tengo treinta y cinco años, mi residencia será mañana la nada, y mi nombre pasará al panteón de la historia.

Cuando los criados del verdugo le ataron las manos y cortaron los cabellos, dijo mirándose á un espejo:—Han conseguido ponerme más feo que de costumbre; afortunadamente que así no me presentaré delante de la posteridad.

Salieron á morir; en la carreta iban catorce. Al cruzar la calle de San Honorato, frente á la casa del ebanista Duplay, donde vivía Robespierre, Danton se colocó en pie y gritó desde la carreta:

—Por muy escondido que estés oírás mi voz. ¡Te arrastro, Robespierre! ¡Robespierre, pronto me seguirás!...

Aseguran que Robespierre dijo:

—Sí, tienes razón, Danton; inocentes é culpables, todos daremos nuestras cabezas por la República; la revo-

lución designará á los suyos más allá del patíbulo.

Hérault de Séchelles bajó el primero de la carreta, quiso abrazar á Danton y el verdugo no lo consintió.

—Imbécil, dijo Danton, ¿cómo evitarás que dentro de poco se besen nuestros rostros en la cesta?

Danton subió el último, altanero é imponente como nunca; miró á la multitud con desprecio, y dirigiéndose el verdugo exclamó:

—Les enseñarás mi cabeza; vale la pena.

Un minuto después, Danton y sus amigos, aquellos apóstoles de la libertad y la República, habían dejado de existir.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

I.

Mi tío, el doctor Jacob, su vieja criada Lisbeth y yo, vivíamos en paz octaviana en el pueblecito de Anstatt, en medio de los Vosgos alemanes. Desde la muerte de su hermana Cristina, el tío Jacobo me recogió en su casa. Acercábase á los diez años, y era rubio, rosado y fresco como un querubín. Tenía un gorro de algodón, una blusita de terciopelo oscuro, procedente de unos pantalones viejos del tío, calzones de tela gris y zapatos adornados en la cara con un madroño de lana; en el pueblo me llamaban Fritzel, y todas las noches, cuando mi tío Jacobo volvía de sus visitas, me sentaba sobre sus rodillas para enseñarme á leer francés en la *Historia natural* de M. Buffon.

Aun me parece estar en el piso bajo viendo los ahumados maderos del techo. A la izquierda está la puerta-cita del corredor de entrada y el armario de encina; á la derecha la aloba cerrada por una cortina de sarga verde; en el fondo la entrada de la cocina, y cerca de esta, el brasero de cobre con gruesas molduras representando los doce meses del año, el ciervo, los peces, capricornio, el haz de trigo, etc., y en el lado de la calle, las dos ventanitas, adornadas con los pámpanos de la parra y que dan á la plaza de la Fuente.

También veo á mi tío Jacob, alto, de despejada frente, coronada por hermosa cabellera rubia, nariz ligeramente aguilena, ojos azules, barba redonda y labios gruesos y encarnados. Lleva pantalón de ratina negra, levita azul celeste con botones dorados y botas de cuero con vuelta amarilla, de la que pende una borla de seda. Sentado en su sillón de baqueta, el brazo sobre la mesa, lee, y el aire hace temblar la sombra de los pámpanos sobre su rostro, algo largo y curtido por el aire de los campos.

Mi tío era hombre sentimental y entusiasta por la paz; frisaba en los cuarenta y pasaba por ser el mejor médico del país. Después he sabido que le gustaba exponer teorías sobre la fraternidad universal, y que los paquetes de libros que le traía de tiempo en tiempo el cartero Fritz se referían á este importante asunto.

Aun veo todo esto sin olvidar á nuestra Lisbeth, excelente anciana, alegre y arrugada, con zagalejo de tela azul y corpiño de paño, hilando en un rincón; ni al gato Roller, meditabundo y sentado gravemente delante del horno, con sus grandes ojos dorados brillando en la sombra como los del buho.

Paréceme que solamente tengo que atravesar el corredor para deslizarme bajo los olorosos frutales, ó preparar por la escalera de madera de la cocina para subir á mi cuarto, donde soltaba los abejarrucos que cogíamos con lazo Hans Aden, el hijo del maestro zuequero, y yo. Los habia verdes y azules. Elisita Mayer, la hija del alcalde, venia frecuentemente á verlos y me pedía alguno; y cuando Hans Aden, Ludwig, Karl Stenger, Frantz Seipel y yo llevábamos juntos las cabras y vacas á los pastos, hacía el lado de Birkenwald, me cogía siempre de la blusa diciéndome:

—Fritzel, déjame guiar tu vaca... déjame guiarla.

Y la daba el látigo, yendo nosotros á encender fuego sobre el césped para asar patatas en la coccina.

¡Oh! ¡Qué buen tiempo! ¡Cuán tranquilo y pacífico era todo lo que nos rodeaba! ¡Con cuánta regularidad se hacían las cosas! Jamás se observaba el menor trastorno; el lunes, el martes, el miércoles, todos los días de la semana se sucedían exactamente iguales.

Nos levantábamos todos los días á la misma hora, nos vestíamos y nos sentábamos delante de la excelente sopa que preparaba Lisbeth. El tío partía á caballo, y yo marchaba á construir trampas y lazos para los tordos, gorriónes ó verderones, según la estación.

A medio día volvíamos. Comíamos tocino con coles, *noudels* ó *knappels*. Despues iba á los prados á reconocer los lazos ó á bañarme en el Queich si hacía calor.

Por la noche tenia buen apetito, como tambien el tío

y Lisbeth, y en la mesa dábamos gracias al Señor por sus beneficios.

Todas las noches al cenar, cuando ya estaba oscuro en la sala, tardas pisadas atravesaban el pasillo; abríase la puerta y aparecía en el dintel un hombre trepado, ancho de hombros, con un gran sombrero á la cabeza, y que decía:

—Buenas noches, señor doctor.

—Sentaos, *mauser* (1), respondía el tío. Lisbeth, abre la cocina.

Lisbeth abría la puerta, y la juguetera llama del hogar nos hacía ver al *mauser* delante de la mesa, mirando con sus ojillos grises lo que comíamos. Su cara era de rata campesin; nariz larga, boca pequeña, barba deprimida, orejas de rechas, y cuatro pelos de bigote amarillos y grifados. Su chaqueta de tela gris apenas le llegaba á la cintura; el encarnado chaleco de inmensos bolsillos le flotaba sobre los muslos, y sus enormes zapatos, llenos de barro, estaban guarnecidos de clavos que brillaban como garras en el borde de las suelas.

El *mauser* podría tener cincuenta años; sus cabellos eran grises, profundas arrugas le surcaban la rojiza frente, y las blancas cejas, con reflejos dorados, le caían sobre los ojos.

Constantemente se le veía en los campos colocando trampas, ó bien delante de sus colmenas, en los brezos del Bir-

kenwald, con la careta de alambre, los guantes y el gran cucharón cortante para extraer la miel.

A fines del otoño abandonaba el pueblo durante un mes, con el morral á la espalda, la olla de miel al costado y al otro los amarillos panales de cera que iba á vender á las iglesias de las cercanías para hacer cirios.

Este era el *mauser*.

Despues de mirar bien la mesa, decía:



LOS GIRONDINOS.

(1) Cazador de topos.

—¡Calla! Esto es queso... aquello, avellanas.
—Sí, respondía mi tío; están á vuestra disposición.
—Gracias; prefiero ahora fumar una pipa.

Diciendo esto, sacaba del bolsillo una pipa negra guarnecida con cubierta de cobre sújeta con una cadenilla. Llenábala con cuidado, sin dejar de mirar á la mesa; en seguida entraba en la cocina, cogía una brasa en el hueco de su callosa mano y la colocaba sobre el tabaco. Aun creo verle con su cara de rata, dilatada la nariz, lanzar bocanadas de humo delante de la chimenea; despues volver á sentarse á la sombra, cerca del brasero, con las piernas encogidas.

(Se continuará.)

LOS GIRONDINOS.

El grabado que damos en la plana 13 representa á los *Girondinos* marchando al patíbulo, á aquellos héroes patrióticos que á la lectura de su sentencia de muerte respondieron con un grito entusiasta de ¡*Viva la República!*

Era el 30 de Octubre de 1793; el cielo se presentó oscuro y lluvioso: cuando salieron de la *Conserjería*, cinco carretas les aguardaban rodeadas de un gentío inmenso; entraron cuatro en cada una y cinco en la última, con Valazé, que á pesar de haberse suicidado, *el tribunal ordenó que su cuerpo apenas frío fuese vuelto á la cárcel y conducido al lugar del suplicio en la misma carreta con sus cómplices y exhumado con ellos.* ¡Único decreto, tal vez, dice Lamartine, que haya dispuesto ajusticiar á la muerte!

Al salir por el arco de la *Conserjería* todos entonaron la primera estrofa de la *Marsellesa*: Vergniaud y sus cuatro compañeros sostenían en sus rodillas la cabeza de Valazé, para que no golpase sobre las piedras, teniendo que cerrar los ojos para no ver aquel rostro lívido, y sin embargo, ¡cantaban como los demás!

Al pié de la *guillotina* se abrazaron en señal de comunión en la libertad, en la vida y en la muerte, y luego subieron uno por uno, siempre entonando la *Marsellesa* para animarse mutuamente, y murieron como héroes: Sillery subió sobre el tablado y le dió vuelta, saludando á derecha é izquierda al pueblo como para darle gracias por la gloria y el cadalso.

El coro se debilitaba á la muerte de cada uno y pronto se vió reducido á la poderosa voz de Vergniaud.

¡Amor sagrado de la patria!...

estas fueron las últimas palabras de este grande hombre, que segun un célebre escritor, no moría, se evaporaba en el entusiasmo; que empezó por discursos inmortales y terminó con un gran himno á la eternidad de la revolución.

La Convencion, dice Lamartine, mató la traicion en Custine, el realismo en la reina y el *federalismo* en los Girondinos.

LOS BUENOS Y LOS MALOS.

Improvisacion leida en la funcion á beneficio de los presos del Saladero.

Eramos ayer los menos
y nos melian á palos,
que Dios ayuda á los malos
cuando son más que los buenos.

Vinimos á ser los más,
y los menos nos compelen,
y á palos tambien nos muelen
cual yo no los ví jamás.

Se ve, pues, que no es cuestion de número; en mi sentir aquí el dar ó el recibir consiste en la condicion.

Mientras seamos los buenos, nos han de moler á palos, que Dios ayuda á los malos sean los más ó los menos.

A. ALTADIL.

REVISTA DE LA SEMANA.

En los momentos en que nuestra ILUSTRACION viene al estadio de la prensa, un sangriento drama atrae las miradas y conmueve los corazones de toda Europa.

Paris ha sucumbido, la *Commune* ha muerto, y cada día que pasa nos trae nuevos y horrorosos detalles de la terrible lucha sostenida por los hijos de la capital del mundo, de esa lucha en mal hora provocada por el gobierno reaccionario de Versalles, ese gobierno compuesto de tráfugas de todos los partidos, desde el demagogo Simon al orleanista Thiers.

Cumpliendo con nuestro deber de cronistas, vamos á reseñar los tristes acontecimientos de Paris, no ya por las noticias particulares que nosotros hemos recibido, sino por las correspondencias de los diarios ministeriales, sobre las cuales llamamos la atencion de nuestros estimados lectores, porque los sucesos de Paris tienen tal importancia, son de tal gravedad, que bien puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que no han sido más que el prólogo de esa terrible y sorda lucha de la libertad contra la tiranía, del derecho contra el despotismo, del obrero trabajador que todo lo produce y no tiene pan con que alimentar á sus desgraciados hijos, y esas clases privilegiadas que todo lo consumen sin producir nada, y que lejos de querer mejorar la suerte del obrero, le olvidan, le insultan y escarnecen.

El corresponsal del diario conservador *La Epoca*, dice con este motivo:

«O esta insurreccion es el principio del fin de la sociedad latina, ó es la aurora de un sacudimiento inmenso que trasformará los cimientos del orden social en todo nuestro continente.» Y añade: «El primero de estos indicios es la conducta de los jefes de esta sublevacion; su mayoría eran gente del pueblo, y han muerto con valor en su puesto de combate, dando así cierto colorido de grandeza á sus actos y mostrando cierto estoicismo, lo cual es un peligro y un sintoma.

»Los apóstoles futuros de la revolucion comunista harán de estos desesperados otros tantos mártires; y aun hay otros indicios más graves. En muchas barricadas se hallaban niñas de 15 años, que excitaban al combate, erguidas sobre los adoquines y enrojecidas por el incendio; ninguna de estas desgraciadas—entre las que habia rostros cándidos, orlados de cabellos sedosos y fisonomías angelicales,—ha mostrado temor ni arrepentimiento.

»*Maladnos; pues de lo contrario volceremos á emperzar.* Este era su apóstrofe supremo. Hay en el fondo de este fanatismo, comparable tan solo con las guerras de religion, hay en el iluminismo de las masas algo que necesita ser meditado, y que yo, sobrado ateznado en sentidos diversos, no puedo profundizar.»

Esta carta, reproducida por la mayoría de la prensa, merece fijar la atencion de todos y servir de provechosa enseñanza á aquellos que, como el gobierno de

Versalles, se han elevado en hombros del pueblo para luego despreciarlo y destruirlo.

No es ménos explícita ni ménos interesante la siguiente carta del corresponsal en París del periódico *La Constitución*, y en ella encontrarán nuestros lectores detalles tan horrosos, que sublevar la conciencia de todo hombre honrado, y es que los crímenes del gobierno de Thiers son verdaderos crímenes de lesa-humanidad:

«Nada más repugnante que presenciar los insultos y las amenazas que la clase media dirige á los prisioneros; esta crueldad es tanto más repugnante cuanto que esa clase media contaba con 100.000 hombres, y abandonó al gobierno por no batirse con los rojos; el viernes principalmente, en los barrios en que la insurrección estaba vencida, había una verdadera Saint-Barthélemy de comunistas, viéndose más cadáveres de hombres fusilados que muertos en el combate.

»Yo creo que al gobierno de Versalles le cabe mucha parte de responsabilidad en tan inmensos desastres, y que la manera despreciable y algo cruel con que desde el principio de la insurrección trató á los rojos, ha contribuido mucho á envenenar á estos. Mientras los rojos guardaban muchas consideraciones á los prisioneros del ejército, los guardias nacionales que tenían la desgracia de caer prisioneros eran brutalmente insultados en Versalles, y á veces muertos sobre el campo de batalla.

»Los rojos en su desesperación se han querido vengar de toda la sociedad; pero hay que convenir en que esta muestra una crueldad refinada con ellos.

»Una mujer sorprendida como incendiaria es fusilada en el acto: llevaba en los brazos una criatura de pecho: en el momento en que van á tirar sobre ella, alarga los brazos para que alguien recoja la criatura, pero la gente grita: *matadla tambien y habrá un bandido ménos; y ambos caen mortalmente heridos.*»

En nombre de la humanidad, protestamos contra un hecho tan bárbaro y tan despiadado. ¿Cómo, el gobierno de Versalles no solo fusila setenta y cuatro mujeres al pié del ministerio de Marina, no sólo hace saltar el cráneo de Flourens, no sólo fusila vil y cobardemente al parlamentario Duval, no sólo asesina á los desgraciados heridos de San Sulpicio y la Magdalena, sino que lleva su venganza hasta la nueva generación? ¿Cuál era el delito de aquel pobre niño dormido en el regazo de su desgraciada madre, sonriendo quizás ante la muerte, tendiendo sus pequeñas manos á sus implacables verdugos? ¿Cuál era su delito, repetimos? ¿Es que al gobierno de Versalles no le bastaba asesinar á la mujer, y queria torturar el corazón de la madre en aquel instante supremo? ¿Quería que en su dolor aquella desgraciada espirara odiando al hombre y quizás blasfemando de Dios? La pluma se resiste á continuar: el gobierno que de tal manera obra, juzgado está en la conciencia universal; y su vida, manchada de sangre y de crímenes, perseguida por los gritos de esa triste madre y los ayes de ese pobre niño, serán su remordimiento eterno, si es que los gobernantes de Versalles son hombres y tienen conciencia.

«Al siguiente día, sábado, me dirigí á la calle de Rivoli y encontré un grupo de 200 prisioneros, y entre ellos treinta mujeres; una de estas, de edad algo avanzada, se había tirado al suelo negándose á marchar, ya por cansancio ó rebeldía: la gente pidió que la mataran, y un soldado disparó sobre ella para dar gusto á los espectadores. Otro prisionero tenía deshecho el cráneo; pregunté, y me contestaron que había sido fusilado en un segundo piso y luego arrojado su cadáver por el balcon.»

Horror y vergüenza nos causa la relacion de tan sangrientas escenas.

«Las fuerzas de los insurrectos que se han batido pueden calcularse en unos 70 á 80.000 hombres con 400 ó 500 cañones, mal servidos por falta de artilleros. Las del ejército en 100.000 hombres, con 500 ó 600 cañones. »En resumen:

»Los rojos se han batido con desesperación: los miembros de la *Commune* y del Comité de Salud pública han permanecido casi todos (*todos*) en sus puestos hasta el último momento, pagando con la vida su obstinación; y sin el siniestro resplandor de la tea incendiaria, se les podría llamar heroicos mártires de una causa política; el ejército ha cumplido con sus deberes, si bien desde el principio con una severidad que degeneró al fin en crueldad implacable.

»La Asamblea es responsable por no haberse trasladado de Burdeos á París; el gobierno es responsable por haber provocado el 18 de Marzo tratando de apoderarse por sorpresa de los cañones de Montmartre; la *Burgeoise* es responsable por haber abandonado al gobierno el 18 de Marzo, escondiéndose aterrizada á pesar de sus cien batallones de Guardia nacional. ¿Cuáles serán las consecuencias de esta catástrofe? Creo que, una vez vencido el espectro rojo, la República tiene más probabilidades de vida que antes; creo que algo quedará de esa misma revolución que acaba de ser vencida, y que la idea de las libertades comunales flotará sobre el recuerdo de los horrores para triunfar pacíficamente en un plazo no muy largo.

»Hay que exterminar esos bandidos, se oye por todas partes; pues bien, cuando una ciudad presenta 80.000 bandidos para el combate, lo cual quiere decir que tiene 300.000 cuando no se trata de combatir, es que la máquina social no está bien montada: estúdiense y plantéense las modificaciones que deban introducirse, y se evitará radicalmente la reproducción de estos horrores. Por lo demás, el exterminio es un remedio tan cruel como inútil; si se les extermina ahora, se reproducirán en diez años, y no creo que nadie considere una matanza periódica como el mejor remedio para conservar el orden social.»

De esta carta resulta claramente demostrado que toda la responsabilidad de los tristes sucesos de París debe recaer sobre el gobierno de Versalles; resulta tambien que los verdaderos crímenes y los grandes horrores han sido causados por las tropas del gobierno, y que los de París, atacados siempre, no han hecho otra cosa que *defenderse*, sin que pueda imputárseles un solo robo, ni un solo delito; resulta que los principios sustentados por la *Commune* triunfarán en un plazo no lejano, y que los parisienses no han tenido otro crimen que el ser vencidos, pues á haber salido vencedores, la Europa entera hubiera reconocido su grande valor y heroísmo, como hoy reconoce la importancia de sus principios y la justicia de su causa. Ya el célebre Padre Jacinto, en una carta inserta en el *Gaulois*, partiendo de la magnífica frase de Gladstone, *el siglo XIX es el siglo de los obreros*, dice que la sociedad no gozará de paz hasta que haya resuelto la cuestion obrera; que es preciso pensar en la ilustración popular, casi universal en Alemania, y curar estas dos grandes llagas del pueblo; el prolongado celibato de los soldados y la prostitución legal de las mujeres, haciendo descender de las alturas sociales otros ejemplos que los del lujo y la corrupción.

El gran poeta Victor Hugo, el cantor de la República, ha estado á punto de ser víctima de un nuevo mito (vulgo Partida de la Porra), organizado en Bruselas por ór-

den del gobierno: su delito consistía en haber publicado una carta, diciendo:

«El gobierno belga hace mal en no dar asilo: la ley le permite rechazarlo; el derecho le defiende.

«El asilo es un antiguo derecho. Es el sagrado derecho de los desgraciados. En la Edad media, hasta á los paricidos daba asilo la Iglesia. Por lo que á mi toca, declaro lo siguiente: Este asilo que niega el gobierno belga á los vencidos, yo se lo ofrezco. ¿Dónde? En Bélgica. Hago á Bélgica este honor. Ofrezco asilo en Bruselas, en la plaza de las Barricadas, núm. 4. Un fugitivo de la *Commune* en mi casa sería un vencido en casa de un proscrito; el vencido de hoy en casa del proscrito de ayer.

«Si vienen á prender un fugitivo de la *Commune* en mi casa, me prenderán. Si lo arrancan de mi lado, les seguiré. Partiré con él su prision, y en la defensa del derecho se verá al lado del hombre de la *Commune*, que es el vencido de la Asamblea de Versalles, al hombre de la República, que ha sido el vencido de Bonaparte. El gobierno de Inglaterra no entregará á los hombres de la *Commune*. ¿Por qué se ha de colocar Bélgica por debajo de Inglaterra? Su gobierno puede estar contra mí; pero el pueblo belga estará á mi lado, y en todo caso tendré mi conciencia.»

Victor Hugo no se equivocó: el gobierno ha hecho apedrear su casa por una cuadrilla de bandidos, y luego le ha expulsado: á estas horas la libre y hospitalaria Inglaterra le sirve de asilo y refugio: en su carta á *La Independencia belga*, dice:

«El asalto de mi casa, comenzado despues de media noche, fué terminado al amanecer. Esto se veía hace sesenta años en la *selva negra*; esto se ve hoy en Bruselas: ni el procurador del rey ni ningun magistrado se ha presentado: la intencion de *no ver nada* aquí, es evidente; despues de la policía sorda, la justicia ciega: ningun testimonio se ha recogido judicialmente, y al principal testigo se le expulsa. Esto dicho, yo parto.—Victor Hugo.»

El gobierno ha arrojado sobre la noble Bélgica una mancha tan negra como afrentosa con la expulsión de Victor Hugo.

La Cámara de diputados de Portugal ha sido disuelta y parece que la situación es poco tranquilizadora: esperamos que el pueblo portugués sabrá oponer á la desatentada conducta de sus gobernantes la justicia de su causa: felizmente la Cámara no concedió al jefe del gabinete, marqués de Bolanca, más poderes que para cobrar y aplicar los impuestos hasta 31 de Julio, que á no ser así, el gobierno habria proclamado la dictadura, que hace tanto tiempo medita.

El Gran Consejo de Ginebra ha aprobado en tercera lectura la abolición de la pena de muerte: es un gran paso en el camino de la civilización y del progreso, y muy propio de la republicana Confederación Helvética.

Parece que entre los descubrimientos hechos por la *Commune* en París se cita el convento de Picpus, de Monjas Blancas, cercano á un establecimiento de jesuitas, á ocuparlo la Guardia nacional han sido halladas tres infelices religiosas enterradas en oscuras celdas, sin casi noción de su existencia; se dice que han sido descubiertos instrumentos de tortura, una comunica-

ción con el convento de jesuitas y varios esqueletos de criaturas recién nacidas.

Las gentes que han visitado el convento refieren detalles que espantan y horrorizan.

Ha fallecido en Neufchatel, Suiza, el célebre naturalista español D. Ramon de la Sagra, á la edad de setenta y ocho años. Sus grandes talentos eran sumamente apreciados en toda Europa. España ha perdido una de sus glorias más legítimas, y la ciencia uno de sus hombres más distinguidos.

Segun dicen de Singapore, en la isla de Rua ha ocurrido una gran explosion volcánica acompañada de un temblor de tierra, devastando una gran parte del país y haciendo perecer cuatrocientas personas.

En las Cortes se ha discutido el proyecto de quintas y el voto particular de nuestro querido colaborador Garrido, en que pide que el cupo se rebaje á la mitad, ó sean 40.000 hombres: los ministeriales Leon y Castillo, Seoane y Lopez Dominguez le han combatido, hablando en su defensa nuestro amigo Escuder, que pronunció un brillante discurso, probando que en España el camino para llegar á la libertad es la destrucción del militarismo; que la actual organizacion del ejército es defectuosa, y que el partido republicano se propone sustituir la con otra más en armonía con las nuevas ideas, otorgando al ciudadano militar los derechos del ciudadano español.

El diputado carlista Sr. Vinader, al apoyar el voto particular, declaró que los carlistas votarían con los republicanos, no para expresar su poca afición al ejército, sino para negarle soldados á D. Amadeo, que deberá estar bien sin ellos, puesto que tiene la fuerza de la soberanía nacional.

Nos parece que el tiro del diputado carlista es bastante certero, y una de dos: ó D. Amadeo es verdaderamente popular, en cuyo caso no necesita del ejército, pues como dijo un célebre Papa al disolver su guardia, es deshonroso guardar á un Pontífice é imponerse á un pueblo por el terror, ó no es popular, y entonces, no los 80.000 hombres que pide el ministro, pero ni todos los ejércitos del mundo han de serle suficientes.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

ADVERTENCIA.

Damos las más expresivas gracias á todos nuestros amigos y corresponsales por el extraordinario éxito que ha alcanzado nuestra publicación, y nos creemos en el deber de manifestarles nuestro agradecimiento, introduciendo algunas mejoras, y al efecto en el segundo número daremos varios grabados de actualidad sobre los graves sucesos ocurridos en París, que nos ha sido imposible terminar para el presente número, así como algunos retratos de los hombres más importantes de nuestro partido, pudiendo asegurarnos que no omitiremos gasto ni sacrificio alguno ni en grabados ni en artículos para que LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL sea digna de nuestro gran partido, correspondiendo así al favor de nuestros asociados.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1871.—Imp. de R. LARAJOS, calle de la Cabeza, 27.